
**De vuelta a "El mito del orgasmo vaginal":
el orgasmo femenino en el
pensamiento sexual estadounidense
y el feminismo de la segunda ola***

Jane Gerhard**

En 1968, Anne Koedt publicó "El mito del orgasmo vaginal" en *Notes from the First Year (Notas del primer año)*, una revista mimeografiada de veintinueve páginas publicada por New York Radical Women.¹ Para cuando apareció una versión más extensa en *Notes from the Second Year (Notas del segundo año)*, el artículo de Koedt ya se había convertido en un clásico del feminismo.² Koedt planteó lo que serían preocupaciones fundamentales para el movimiento emergente: el significado de la libertad sexual, el significado político del placer sexual y las raíces psicológicas de la dominación masculina y la subordinación femenina.³ El orgasmo vaginal, alcanzado exclusiva-

* Este artículo se publicó originalmente en *FEMINIST STUDIES*, vol. 36, núm. 2 (verano 2010). Se reproduce con el permiso de la editorial, *FEMINIST STUDIES*, Inc.

** La autora agradece a Ruth Feldstein, Elizabeth Frank, Melanie McAlister, Donna Penn y Jessica Shulhow la invaluable ayuda que le prestaron para la escritura de este artículo.

¹ Anne Koedt, "The Myth of the Vaginal Orgasm", *Notes from the First Year*, New York Radical Feminists, Nueva York, 1968, p. 11.

² Anne Koedt, "The Myth of the Vaginal Orgasm", *Notes from the Second Year*, New York Radical Feminists, Nueva York, 1970, pp. 37-61. El artículo de Koedt también apareció en *Radical Feminism*, eds. Anne Koedt, Ellen Levine y Anita Rapone, Quadrangle Books, Nueva York, 1973, pp. 198-207. Las citas que aparecen a continuación pertenecen a la versión publicada en *Radical Feminism*.

³ Historias sobre la segunda ola del feminismo incluyen Flitz Davis, *Moving the Mountain: The Women's Movement in America since 1960*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991; Judith Grant, *Fundamental Feminism: Contesting the Core Concepts of Feminist Theory*, Routledge, Nueva York, 1993; Alice Echols, *Daring to Be Bad: Radical Feminism in America, 1968-1975*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1989; Sara Evans,

mente mediante el coito, había sido durante mucho tiempo una nota clave en el clamor de ideas expertas sobre la normalidad femenina y la salud sexual de las mujeres. Cuando Koedt lo atacó como un mito, o más exactamente, como una campaña de desinformación fraudulenta que creaba una serie de problemas psicológicos a las mujeres, pareció que desafiaba el fundamento mismo de la heterosexualidad, tal y como se entendía en el discurso psicoanalítico, médico y popular.

Aunque el artículo de Koedt se volvió uno de los escritos más difundidos y conocidos sobre el significado político de la sexualidad, no fue el suyo el único que tocaba el tema del orgasmo. De hecho, varias feministas escribieron sobre el significado del placer sexual para las mujeres en una sociedad patriarcal y sus artículos llenaron antologías y revistas desde 1968 hasta mediados de la década de los setenta. Ti-Grace Atkinson, Dana Densmore, Roxanne Dunbar, Germaine Greer, Rita Mae Brown y Martha Shelley, entre otras, pertenecientes a grupos como Cell 16 de Boston, Redstockings y The Feminists de Nueva York, o las Furies de Washington D. C., escribieron artículos polémicos en los que exploraban la relación entre la sexualidad femenina y la dominación masculina.

Los grupos, de afiliación muy flexible, que constituían el movimiento a fines de los años sesenta y principios de los setenta generaron nuevos recuentos sobre la sexualidad femenina al desafiar y retribujar los términos del pensamiento sexual estadounidense. Lo hicieron no a través de una crítica orquestada y coherente, sino a través de una serie de escritos que partían de puntos de vista diferentes e incluso, a veces, antitéticos. Durante estos primeros años de la liberación de las mujeres, cuando las feministas alcanzaron la mayoría de edad en y mediante la retórica de la liberación sexual, el orgasmo femenino llegó a significar el poder político de la autodeterminación sexual de las mujeres. Los orígenes de lo que más tarde se convertiría en la escisión anti-sexo/pro-sexo se perciben claramente en las prime-

Personal Politics: The Roots of Women's Liberation Movement in the Civil Rights Movement and the New Left, Vintage, Nueva York, 1979; Barbara Ryan, *Feminism and the Women's Movement: Dynamics of Change in Social Movement Ideology and Activism*, Routledge, Nueva York, 1992; Lauri Umansky, *Motherhood Reconciled: Feminism and the Legacy of the Sixties*, New York University Press, Nueva York, 1996, y Winifred Wandersee, *On the Move: American Women in the 1970s*, Twayne Publishers, Boston, 1988.

ras discusiones feministas sobre el orgasmo, sin embargo, en ese momento no funcionaban como etiquetas ni como rúbricas organizativas.⁴ En vez de ser el tema divisivo que llegó a ser en la década de los ochenta, a fines de los sesenta el placer sexual proporcionó a las feministas un tema productivo que ayudó a generar los principios fundacionales del feminismo moderno.

Por una serie de razones es importante utilizar el artículo de Koedt como una ventana para asomarse a una época del pensamiento feminista sobre sexualidad. El texto de Koedt esbozó claramente un análisis de género del discurso histórico sobre la heterosexualidad femenina y articuló lo que estaba en juego para las feministas. Comenzando con Freud en 1905, la vagina cargó con la doble misión, en el discurso especializado, de naturalizar la heterosexualidad y esencializar las bases eróticas de la reproducción. Psicoanalistas, médicos y expertos en relaciones de pareja que seguían a Freud utilizaban el diagnóstico de la frigidez, definida como la ausencia de orgasmo durante el coito, para establecer los parámetros de la heterosexualidad femenina normal. Si los expertos en psicoanálisis habían convertido la vagina en sinécdoque de la femineidad madura y saludable, las feministas a fines de los sesenta buscaron convertir el clitoris en la marca de la mujer liberada y autónoma. Para escapar a las nociones de placer femenino definido por los hombres, Koedt y otras tomaron el clitoris como un sitio potencialmente no situado de expresión sexual de las mujeres. Koedt fue una de las primeras feministas que teorizó sobre la sexualidad clitoridiana como una forma de expresión sexual no atada ni a la heterosexualidad ni a la homosexualidad, sino a un tipo de sexualidad femenina que estaba más allá o por debajo de las designaciones sociales. El "descubrimiento" del clitoris como potencialmente no aliado a ninguna identidad sexual específica resultó ser extremadamente útil para las teorías sexuales feministas y constituyó un parteaguas definitivo en el pensamiento estadounidense sobre sexualidad.

⁴ La escisión pro- y anti- sexo en el feminismo data de la Conferencia en Barnard en 1982, "La académica y la feminista". Las ponencias de dicha conferencia están reunidas en *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, ed. Carol S. Vance, Pandora, Londres, 1984.

Las feministas como Koedt se encontraban a fines de los años sesenta ante dos construcciones de la heterosexualidad femenina que les resultaban especialmente detestables. La primera era la mujer sexualmente pasiva del freudismo estadounidense. La segunda era la mujer liberada del movimiento contracultural. Aunque la mujer liberada, cuya característica más significativa era su expresividad sexual, parecía no tener nada en común con la mujer neovictoriana del psicoanálisis, ambas visiones compartían una heterosexualidad esencial que las feministas cuestionaban. No era que las feministas quisieran probar que todas las mujeres eran lesbianas, aunque algunos grupos como las Furies sí llegaron a creer en el lesbianismo esencial de las mujeres. Más bien, las feministas como Koedt atacaban el papel que la práctica sexual desempeñaba en el mantenimiento de lo que consideraban una ideología de género opresiva. Koedt y otras intentaban romper la cadena de significados que vinculaba cuerpos sexuados, roles de género adecuados y deseo sexual bajo la rúbrica de heterosexualidad innata. Al hacerlo, esperaban que las mujeres pudieran liberarse y alcanzar un sentido más completo de empoderamiento sexual y como agentes sociales.

*La mujer vaginal: el significado psicoanalítico
de la sexualidad femenina, 1905-1945*

Como han señalado historiadoras de las dos primeras décadas del siglo XX, la Nueva Mujer emergió como tipo social en respuesta al movimiento sufragista, la llegada del psicoanálisis freudiano y el surgimiento de una economía centrada en los impulsos y basada en las y los consumidores.⁵ Junto con la Nueva Mujer apareció un nuevo es-

⁵ Nancy Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, Yale University Press, New Haven, 1987; Johnathan Ned Katz, *The Invention of Heterosexuality*, Dutton, Nueva York, 1995; Kathy Peiss, *Cheer Amusements: Working Women and Leisure in Turn-of-the-Century New York*, Temple University Press, Philadelphia, 1986; Christina Simmons, "Companionate Marriage and the Lesbian Threat", *Frontiers*, vol. 4, núm. 3, 1979, pp. 54-59; June Sochen, *The New Woman in Greenwich Village, 1910-1920*, Quadrangle Books, Nueva York, 1972; Ellen Kay Trimberger, "Feminism, Men and Modern Love: Greenwich Village, 1900-1925", en *The Powers of Desire*, ed. Anne Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson, Monthly Review Press, Nueva York, 1983, pp. 131-115, y Kevin White, *The First Sexual Revolution: The Emergence of Male Heterosexuality in Modern America*, New York University Press, Nueva York, 1993.

tilo de heterosexualidad. El matrimonio de compañeros, con su énfasis en el romance y el placer sexual, desplazó al modelo victoriano de matrimonio orientado a los hijos y la familia. En este momento de modernidad sexual, las personas expertas —principalmente psicoanalistas freudianos— establecieron nuevos parámetros para la heterosexualidad femenina “normal”.

En el siglo XX, las personas expertas en sexo reinventaron la heterosexualidad femenina mediante sus teorías sobre el orgasmo y los genitales femeninos y mediante su tratamiento de las disfunciones sexuales femeninas como frigidez, ninfomanía e histeria. Sin embargo, médicos y médicas expertas habían debatido por largo tiempo el significado del clitoris y los orgasmos de las mujeres. Estos debates se centraban en una serie de tópicos, incluyendo si las mujeres necesitaban el orgasmo para ser fértiles; si las mujeres sufrían congestión pélvica malsana debido a la estimulación sexual, convirtiendo así al orgasmo en un elemento crucial del bienestar físico y mental de la mujer, y las consecuencias sociales de un “excesivo” deseo femenino sobre el matrimonio y la familia. Expertos del siglo XIX, como C. Bigelow, William Goodell, G. Kolischer y Richard von Krafft-Ebbing, estaban de acuerdo en que el coito era saludable para las mujeres, pero discrepaban en cuanto a si la mujer requería el orgasmo para aprovechar al máximo sus recompensas.⁶ Los expertos también debatieron sobre el papel que el clitoris debía o podía desempeñar en la sexualidad femenina sana. A la mayoría le preocupaba el que la manipulación del clitoris, por el compañero o por la propia mujer, pudiera conducir directamente a la masturbación compulsiva, la ninfomanía o a un rechazo total del coito.⁷ La ansiedad sobre el clitoris y su potencial para desestabilizar las jerarquías heterosexuales también permeaba las representaciones médicas del órgano mismo. Los libros de texto de anatomía de principios del siglo XIX reconocían la existencia del clitoris pero creían que, a diferencia del supuestamente análogo pene,

⁶ Rachel P. Maines, *The Technology of Orgasm: "Hysteria", the Vibrator, and Women's Sexual Satisfaction*, Johns Hopkins University Press, 1999, pp. 50-53. Para una discusión sobre la ninfomanía, véase Elizabeth Lunbeck, *The Psychiatric Persuasion: Knowledge, Gender and Power in Modern America*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

⁷ Maines, p. 53.

el clitoris era pasivo y no tenía importancia para la expresión sexual femenina. Para el siglo XX, la mayoría, incluyendo el texto básico, *La anatomía de Gray*, no señalaban el clitoris ni discutían su función.⁸ Así, cuando Freud ingresó al debate acerca de la naturaleza del deseo sexual femenino en 1905, lo hizo en un momento en el que la información sobre el orgasmo femenino y el clitoris se discutían, cuando se hacía, como componentes extraños a la identidad heterosexual esencial de las mujeres.

En *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), Freud estableció los términos para la comprensión psicoanalítica de la sexualidad femenina, específicamente la oposición entre la sexualidad clitoridiana y vaginal como formas "inmadura" o "madura" del desarrollo de las mujeres.⁹ En su tercer ensayo, "La metamorfosis de la pubertad", Freud argumentó que la adolescente transfiere su zona genital dominante desde el clitoris a la vagina. Ella, que previamente (aunque de manera inconsciente) había disfrutado el clitoris como el centro de sus placeres libidinales, ya no lo hacía. El cambio constituía una profunda metamorfosis. La niña había sido, hasta este momento de su desarrollo, "un pequeño hombre". Como su hermano, la niña estaba motivada por lo que Freud caracterizó como una libido "masculina" que estaba fijada a su objeto de amor original, su madre. Sin embargo, el estado de la niña, de fijación predípica, libidinal, a la madre duraba un corto tiempo. Rápidamente se daba cuenta de que el tamaño y la función de su clitoris eran inadecuados en relación con el pene. Freud postuló que en este momento la niña renunciaba a su madre en favor de su padre y una poderosa ola de represión la conducía a su periodo de latencia. Sugirió que al emerger la niña de la latencia, su "transferencia" erótica estaría completa y entonces hallaría su vagina completamente erotizada. En este contexto, el clitoris ya no sería el órgano sexual dominante de la mujer.

⁸ Lisa Jean Moore y Adele E. Clarke, "Clitoral Conventions and Transgressions: Graphic Representations in Anatomy Texts, c. 1900-1991", *Feminist Studies* 21, verano 1995, pp. 255-301.

⁹ Sigmund Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality* (1905), *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, ed. y trad. de James Strachey, Hogarth Press, Londres, 1953-1974: t. 7, pp. 73-109.

La teoría de la transferencia erótica reconocía al clitoris como un órgano sexual en términos psicoanalíticos completamente nuevos. Al mismo tiempo, sin embargo, también lo patologizaba considerándolo fuera de lugar en la femineidad madura. El clitoris había gozado de un momento en el que reinó supremo y sin rivales. Pero los imperativos de la femineidad ordenaban que su reino fuera breve. Idealmente, escribió Freud, el clitoris llegaría a funcionar como un "haz de ramas resinosas" que ayudaría "a que se encendiera la leña". De acuerdo con su explicación, la transferencia monumental de zonas eróticas de las mujeres y la modificación de su organización libidinal las ponía en mayor riesgo que a los hombres de sufrir trastornos psicológicos. Si la transferencia no era completa y el clitoris permanecía como el centro de la sexualidad de una mujer, corría el riesgo de sufrir de problemas psicológicos tales como la envidia del pene, hostilidad contra los hombres, histeria y descontento neurótico.¹⁰

La teoría de la transferencia erótica introdujo un problema no expresado pero fundamental en la concepción freudiana de la sexualidad femenina. Como historia del proceso evolutivo, la teoría de la transferencia erótica creó un momento en el que la joven quedaba fuera de cualquier categoría sexual.¹¹ Su identidad heterosexual estaría consolidada cuando la niña trasladara su libido desde la madre y el clitoris hacia el padre y la vagina. Irónicamente, este momento tan freudiano establecía inadvertidamente un espacio liminal en el desarrollo de la identidad (hetero)sexual de la niña. En los términos del psicoanálisis, la niña, por un breve período, existía entre identidades sexuales, no era puramente femenina ni masculina, tampoco simplemente homosexual o puramente heterosexual, sino que de algún modo era todo esto a la vez. El resultado de tal liminalidad, de existir temporalmente entre géneros y sexualidades, significaba la inestabilidad en el corazón de la heterosexualidad de la niña.

¹⁰ *Ibid.*, p. 87.

¹¹ Nancy Chodorow propone que este momento preclítico de centramiento psicológico y libidinal en la madre que experimentan tanto niñas como niños, debería mejor llamarse "grossexualidad" o "matrisexualidad" por estar centrado exclusivamente en la madre ya en una clasificación de personas. Véase *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, University of California Press, Berkeley, 1976, p. 93.

Los y las freudianos de los años treinta y cuarenta intentaron resolver este problema enraizando una identidad heterosexual esencial en el cuerpo de la mujer. Con este fin, el orgasmo vaginal y su sombra, la frigidez vaginal, se convirtieron en dos componentes centrales de la feminidad freudiana. Karl Abraham, Edmund Bergler, Marie Bonaparte, Helene Deutsch, Karen Horney, Eduard Hirschmann y Clara Thompson, entre otros, desarrollaron selectivamente el legado de Freud en cuanto al significado psicoanalítico de la sexualidad femenina para los estadounidenses en los años de entreguerras.¹² Estas expertas y expertos supusieron primero y detallaron después, entre otras cosas, el carácter masculino del clitoris y su asociación con la infancia, el cambio desde la sexualidad clitoridiana a la vaginal como parte de un imperativo biológico hacia la reproducción, y la asociación entre la constitución psicológica de las mujeres y su ingreso en la heterosexualidad o su rechazo de ella. Así, aunque Koedt ubicó correctamente a Freud como “el padre del orgasmo vaginal”, él no fue el único responsable de los volúmenes de escritos médicos, psiquiátricos y populares que ella y otras feministas de la segunda ola rechazaron por resultar opresivos para las mujeres.¹³ Fue más bien este discurso sobre la sexualidad femenina que circuló ampliamente —generado por las y los freudianos y al que contribuyeron personas expertas y no— lo que elevó las nociones gemelas del orgasmo vaginal y la frigidez hasta las alturas en las que remaron desde la década de los veinte hasta los años sesenta.

¹² Karl Abraham, “Manifestations of the Female Castration Complex”, *The Scientific Papers on Psychoanalysis* (The Hogarth Press, Londres, 1927); Marie Bonaparte, *Female Sexuality* (Grove Press, Nueva York, 1953); Helene Deutsch, *The Psychology of Woman: A Psychoanalytic Interpretation*, vols. 1 y 2 (Grune and Stratton, Nueva York, 1934 y 1945); Karen Horney, “The Flight from Womanhood: The Masculinity Complex in Women as Viewed by Men and by Women”, *International Journal of Psycho-Analysis*, núm. 7, 1926, pp. 324-339, y “The Problem of Feminine Masculinity”, *Psychoanalytic Review*, vol. 12, núm. 3, 1935, pp. 241-257; Eduard Hirschmann y Edmund Bergler, *Frigidity in Women: Its Characteristics and Treatment*, Nervous and Mental Disease Monographs, Nueva York, 1936. Trad. 1948; Clara Thompson, “Penis Envy in Women”, *Psychiatry*, núm. 6, 1943, pp. 123-125, y “Some Effects of the Derogatory Attitude toward Female Sexuality”, *Psychiatry*, núm. 13, 1950, pp. 349-354.

¹³ Thomas Laqueur también considera a Freud como el inventor del “mito cultural del orgasmo vaginal” en *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud* (Harvard University Press, Cambridge, 1990), p. 243.

Quienes más directamente se centraron en el problema de la frigidez y el ideal del orgasmo vaginal en los años treinta y cuarenta fueron la psicoanalista Helene Deutsch y el equipo formado por Eduard Hitschmann y Edmund Bergler. Deutsch fue la primera en usar el orgasmo vaginal como metáfora de la mujer saludable. Como una de las discípulas favoritas de Freud, Deutsch tenía su "bendición" para su trabajo sobre la feminidad.¹⁴ Deutsch, como su colega analista Karen Horney, discutió activamente con Freud durante los años veinte sobre sus teorías acerca del desarrollo de la mujer. Ambas estaban en desacuerdo con las suposiciones masculinas que subyacían a gran parte de su trabajo sobre las mujeres. A diferencia de Horney, que rompió con Freud, Deutsch encontró una manera de reconciliar sus ideas sobre la diferencia de las mujeres con la ortodoxia freudiana. Aceptó la teoría de la transferencia erótica, rechazó la envidia del pene, y añadió una visión de la vagina y sus sensaciones como productoras de una heterosexualidad femenina esencial.¹⁵ De esta manera, Deutsch ubicó el origen de la identidad genérica y sexual de las mujeres en sus cuerpos. *La psicología de las mujeres* de Deutsch (1944), que descansaba en su trabajo previo de la década de los veinte y los treinta, constituyó su declaración más exhaustiva sobre los temas de la maternidad, el masoquismo femenino y el narcisismo, y las vicisitudes de la sexualidad femenina. Para la década de los cincuenta, *La psicología de las mujeres* se había convertido en un clásico de la literatura psicológica sobre las mujeres: para 1960 el segundo volumen, sobre el significado psicoanalítico de la maternidad, se había editado once veces.¹⁶

¹⁴ Paul Roazen, *Helene Deutsch. A Psychoanalytic Life*, Doubleday, Nueva York, 1965, cap. 10; Edith Kurzweil, *Freudians and Feminists*, Westview Press, Boulder, 1995, pp. 26-29, 40-44.

¹⁵ Mari Jo Buhle, *Feminism and its Discontents: A Century of Struggle with Psychoanalysis*, Harvard University Press, Harvard University Press, Cambridge, 1998, pp. 86-87.

¹⁶ Helene Deutsch, *The Psychology of Women: A Psychoanalytic Interpretation*, tomo 1 y 2, Grune and Stratton, Nueva York, 1944 y 1945. Entre las escritas anteriores de Deutsch están *Psychoanalysis of the Sexual Functions of Women*, Vienna, 1925; "The Psychology of Women in Relation to the Functions of Reproduction", *International Journal of Psychoanalysis*, núm. 6, 1926; y "The Significance of Masochism in the Mental Life of Women", *International Journal of Psycho Analysis*, núm. 11, 1930.

En *La psicología de las mujeres*, Deutsch teorizó sobre una pulsión sexual femenina enraizada en la vagina. Como otras freudianas y freudianos, Deutsch imbuyó la sexualidad femenina con los valores de una "sana" subordinación, pasividad, dependencia y maternidad. En su obra, la vagina simbólicamente unía las identidades reproductiva y sexual de las mujeres, dos aspectos de la psicología femenina que el psicoanálisis buscaba armonizar bajo la rúbrica de la heterosexualidad innata. Al igual que el maestro, Deutsch caracterizó el clitoris como el amante descartado en este drama sexual de la adultez femenina sana. Ampliando las teorías de Freud, Deutsch escribió que el cuerpo de la niña simplemente frustraba su sexualidad clitoridiana activa. Sin un pene, la niña predilecta no tenía salida para su sexualidad agresiva. Esto la llevaba, inconscientemente, a reprimir y deslizar su sexualidad clitoridiana hacia una "disposición" pasiva y silenciosa para la heterosexualidad vaginal.

Sin embargo, a diferencia de Freud, Deutsch usaba la vagina como sinecdoque de la madurez femenina. En su trabajo, la mujer sana era tan "pasiva" y "masoquista" como la vagina que simbolizaba su femineidad.¹⁷ Deutsch unía a su recuento de la femineidad pasiva un profundo sentido de la inocencia e ingenuidad infantil de las mujeres en todo lo relacionado con cuestiones sexuales. Deutsch explicó, partiendo del cuento de la *Bella Durmiente*, que la mujer inocente y la vagina "silenciosa" esperaban pasivamente ser "despertadas" al deseo heterosexual por el pene en una primera experiencia de relación sexual, idealmente después de un periodo de cortejo y repetidas muestras de amor. "Así como en los tiempos prehistóricos, las mujeres se sienten más gratificadas cuando conceden la intimidad sexual sólo después de un largo cortejo [...] la mujer quiere que se luche por ella y se la conquiste, y aguarda su "derrota" con exultante emoción [...]" Deutsch explicó que la inocencia de las mujeres en cuestiones sexuales era de hecho tan grande que "la vagina "ignora" es —en condiciones favorables— erotizada por el acto de violación [...]" Este proceso se manifiesta en la penetración agresiva del hombre, por un

¹⁷ Laqueur, T. y Emily Martin, *The Woman in the Body. A Cultural Analysis of Reproduction*, Beacon Press, Boston, 1987, explican, de muy diferentes maneras, las laticias implicadas en la lectura de la vagina como pasiva.

lado, y en la "subyugación" de la vagina y su transformación en una zona erógena, por el otro. Las mujeres normales, continuaba, llegan a vivir como "un acto de placer" lo que experimentaron la primera vez como "un acto de violencia". La sexualidad vaginal, a la vez misteriosa y subyugante, transformaría a la niña en mujer mediante su capacidad de unir el placer sexual y la reproducción. La niña pasiva y la protomadre productiva se convertirían en una sola ante el placer heterosexual completo. Deutsch escribió: "En el éxtasis del orgasmo, la mujer se experimenta a sí misma como una niña incapaz que se abandona a su pareja amorosa —una experiencia profunda en la que su ego se convierte en el hijo o hija que concibe en la fantasía y con el cual seguirá identificándose cuando sus fantasías se vuelvan realidad".¹⁴

El orgasmo vaginal creaba y reflejaba lo que Deutsch denominó fervorosamente "la mujer femenina". Las mujeres femeninas, escribió, "se adaptan a sus parejas y las comprenden. Son las compañeras más adorables y menos agresivas y desean permanecer en ese papel [...]. Sexualmente se excitan con mucha facilidad y rara vez son frías [...]. Demandan amor y deseo ardiente, encontrando en éstos una compensación satisfactoria al renunciamento de sus propios deseos activos".¹⁵ En resumen, las mujeres que amaban a sus esposos, se dedicaban a la maternidad y aceptaban su posición, también disfrutaban de los orgasmos vaginales. Esta cadena de asociaciones también funcionaba hacia atrás: las mujeres que aprendían a tener orgasmos vaginales también aprendían a aceptar su posición, a abrazar la maternidad y a estar más enamoradas de sus maridos. Esta fusión entre el orgasmo y la feminidad, o la sexualidad y el rol social, era endémica al discurso psicoanalítico sobre la sexualidad vaginal.

El ideal según el cual las mujeres dependían esencialmente de los hombres resolvió un problema crucial del psicoanálisis freudiano y de Deutsch en los años treinta y cuarenta. En el freudismo ortodoxo había persistido un problema molesto, de qué manera la niña, de orientación sexual clitoridiana y centrada en su objeto amoroso original, la madre, se volvería heterosexual y, más específicamente, con una orientación vaginal. Dada la fusión realizada en la teoría freudiana

¹⁴ Deutsch, *Psychology of Women*, pp. 195, 29-30, 92.

¹⁵ *Ibid.*, p. 192.

entre heterosexualidad, vagina y salud mental de las mujeres, sus practicantes debían teorizar un sendero de desarrollo a través del cual la niña aprendería a dejar de lado los placeres tempranos, placeres que parecían señalar la capacidad de las mujeres para desear tanto al padre como a la madre o a alguno de los dos. La teoría de la transferencia erótica, según la cual las mujeres "abandonaban" el clitoris por la vagina, era el único pasaje conocido para explicar el cambio de orientación masculina temprana de la niña hacia una heterosexualidad femenina "sana".

Sin embargo, en las mejores circunstancias, los y las freudianos reconocían que la transición de las mujeres hacia la heterosexualidad estaba repleta de peligros potenciales. Una mujer podía tener éxito en la transferencia de su libido desde el clitoris a la vagina, pero todavía corría el riesgo de la frigidez si su fijación original con la madre y su identificación con el padre no se resolvían totalmente. Debido a esta preocupación, los y las psicoanalistas buscaron comprender y tratar a las mujeres que estaban atrapadas, literalmente, en la tierra de nadie de la frigidez.

El diagnóstico de frigidez dramatizaba la fusión entre identidad y conducta por parte del freudismo y encarnaba, de manera literal, su profunda ambivalencia ante la expresión sexual femenina. Más que identificar un problema específico, la frigidez en las décadas de los treinta y cuarenta se convirtió en un conjunto muy productivo de ideas bulvaradas que ayudaban a definir a la mujer anormal y a la normal. Técnicamente, los y las psicoanalistas etiquetaban a una mujer como frígida cuando no podía tener un orgasmo vaginal mediante el coito. Pero como diagnóstico, la frigidez también contenía otras pre-ocupaciones anexas sobre lo que constituía la sexualidad femenina normal. Por ejemplo, si una mujer era demasiado sexual o demasiado agresiva, se la etiquetaba como frígida. De manera similar, si una mujer no disfrutaba las relaciones sexuales, pero sí otras formas de intercambio sexual, también era "frígida". Al mismo tiempo, las mujeres frígidas también incluían a aquellas consideradas "neuróticamente subsexuales" o a aquellas que no sentían ningún interés por el placer sexual. La frigidez se convirtió así en una etiqueta y un diagnóstico que definía cuánto deseo sexual debía tener una mujer y en qué tipos de conducta sexual debía embarcarse para ser "sana".

Uno de los indicadores claves de una mujer anormal era su incapacidad para renunciar al clitoris como su órgano sexual dominante.

Los freudianos dedicaron mucho tiempo y esfuerzo a desacreditar el clitoris como un sitio patológico de las sensaciones sexuales femeninas y ninguno lo hizo tan tenazmente como el equipo formado por Hirschmann y Bergler. Ambos se habían entrenado como psicoanalistas en Europa, cerca de Freud y su círculo de analistas, y habían emigrado a los Estados Unidos a finales de la década de los treinta. Hirschmann y Deutsch habían trabajado de manera cercana en Viena durante varios años.²⁰ Su monografía *La frigidez de las mujeres: sus características y tratamiento* (*Frigidity in Women: Its Characteristics and Treatment*), escrita en 1936 y traducida al inglés en 1948, fue la primera que se centró exclusivamente en el papel del clitoris en las neurosis de mujeres heterosexuales.²¹ En este texto liminal intentaron aclarar los criterios diagnósticos según los cuales se consideraba frigida a una mujer y plantear un plan de tratamiento para curar lo que veían como una clase floreciente de mujeres frígidas. Hirschmann y Bergler ofrecían a sus lectores un criterio simple: "No tiene importancia si la mujer se excita durante el coito o permanece fría, si la excitación es fuerte o débil, si se detiene al comienzo o al final, lentamente o de repente, si se disipa en actos preliminares o ha estado ausente desde el comienzo. El único criterio para la frigidez es la ausencia de orgasmo vaginal".²²

Mientras que Deutsch basó su trabajo en el poder de la vagina, Hirschmann y Bergler basaron el suyo en el potencial del clitoris para nutrir la feminidad sana. La patología que describían con detalle tenía resonancias de catástrofe social. Hirschmann y Bergler tomaban a Freud bastante literalmente cuando argumentaban que el clitoris encarnaba el rechazo de las mujeres a aceptar sus roles femeninos. El clitoris representaba para ellos el caos de las mujeres comportándose como hombres, o algo peor, oprimiendo a los hombres. El costo social de la frigidez, advertían los autores, era, sin ir más lejos, la destrucción de la familia. Hirschmann y Bergler vinculaban feminismo y

²⁰ Roazen, p. 158.

²¹ Hirschmann y Bergler. Entre otros textos están "Frigidity in the Female - Misconceptions and Facts", *Marriage Hygiene*, núm. 1, agosto 1937, pp. 16-21; Hirschmann y Bergler, "Frigidity in Women: Restatement and Renewed Experiences" *Psychanalytische Zeitschrift*, núm. 36, 1949, pp. 51-55.

²² Hirschmann y Bergler, "Frigidity in Women", p. 26.

frigididad como formas relacionadas de desórdenes sexuales. Concluyeron que las mujeres frías, como las feministas y lesbianas, no podían tolerar que los hombres fueran los líderes en cuestiones sexuales y, así, encubrían fantasías neuróticas sobre sus propios poderes. Los autores llegaron, incluso, a declarar que a medida que el psicoanálisis curara a las mujeres sexualmente insatisfechas, "las manifestaciones ridículas del movimiento de mujeres [también] desaparecerían".²³ Para Hirschmann y Bergler, el clitoris representaba un punto de convergencia entre conductas patológicas e identidades anormales. Implícitamente, la vagina funcionaba como el contrapunto productivo que hacía a las mujeres femeninas y heterosexuales.

Dicha fusión entre género y sexualidad contribuyó a convertir el psicoanálisis en una herramienta útil para los analistas sociales y antifeministas del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, quienes insistían en que las mujeres sanas y normales eran sexualmente pasivas, esencialmente maternas y felizmente devotas de sus hogares y cocinas.²⁴ Pocas personas ayudaron más a la popularización del freudismo que Marynia Farnham y Ferdinand Lundberg, cuyo éxito de ventas *La mujer moderna: el sexo perdido*, publicado en 1947, profundizó en el simbolismo del orgasmo vaginal y el antifeminismo implícito en las ideas psicoanalíticas sobre la feminidad normal.²⁵ Mediante la traducción del complicado lenguaje del psicoanálisis freudiano, particularmente del trabajo de Deutsch, al vernáculo popular, *La mujer moderna* atacó el feminismo como un desorden de género con origen en una disfunción sexual. El análisis de la autora y el autor sobre la frigididad y el feminismo contribuyó a la apertura del espacio que llegó a ocupar la sexualidad vaginal en los relatos dominantes de la sexualidad femenina en los años treinta y cuarenta. El freudismo popular alcanzó su punto más alto de influencia cultural al mismo tiempo que "emergía un abierto antifeminismo como tópico central".²⁶

²³ *Ibid.*, p. 5.

²⁴ Elaine May, *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era*, Basic Books, Nueva York, 1988.

²⁵ Marynia Farnham y Ferdinand Lundberg, *Modern Woman: The Lost Sex*, Harper & Brothers, Nueva York, 1947.

²⁶ Buhle, p. 171.

Farnham y Lundberg argumentaban que la satisfacción sexual de las mujeres requería una aceptación de sus roles femeninos como madres y esposas. Nuevamente fusionaban frigidez y feminismo, sexualidad y género, considerando el feminismo un producto de la insatisfacción sexual de las mujeres. Las feministas rechazaban la maternidad y al hacerlo, empujaban a las mujeres cada vez más lejos de su sexualidad "normal". "Para que el acto sexual sea completamente satisfactorio para una mujer, ella debe, en las profundidades de su mente, desear, entrañable y completamente, ser madre [...]. La regla es: mientras menor sea el deseo de una mujer de tener hijos y mayor sea su deseo de emular al hombre [...] menor será su disfrute del acto sexual". Volviendo a la comparación realizada por Freud entre un haz de ramas resacasas y el clitoris, los autores explicaron la pasividad total de la femineidad: "Para el hombre, el sexo involucra un objeto de su herencia, pero para la mujer no [...]. Su rol es pasivo. No es tan fácil como traer un leño. Es más fácil. Es tan fácil como ser el leño mismo".²⁷ Al vincular el placer sexual con la maternidad y la pasividad, los autores prestaron una importancia enorme a la sexualidad vaginal y ampliaron aún más la visión de la vagina como el único órgano normal de la mujer y la maternidad como su único papel social normal.

El ataque de Koedt al concepto de orgasmo vaginal, entonces, surgió de las formas en que, como paradigma, funcionaba para vigilar la presencia de un conjunto específico de caracteres de género —dependencia sexual, pasividad, sentimientos maternos— y para denominarlos normales, saludables y esenciales. Los significados que freudianos y freudianas daban a la sexualidad femenina, particularmente a la subordinación de las mujeres ante los hombres, volvían su cuestionamiento especialmente importante para las feministas. Algunas de ellas, como Koedt, se propusieron rescatar al clitoris —y su asociación con la autonomía, la agresión y el feminismo— de las garras de la patologización freudiana y usarlo para ellas mismas, con el objeto de reimaginar un nuevo tipo de sexualidad femenina.

²⁷ Farnham y Lundberg, pp. 173, 265, 275.

*Visiones clitoridianas:**la sexología imagina la igualdad sexual, 1953-1966*

De acuerdo con Koedt, el diagnóstico psicoanalítico de la frigidez no sólo perpetuó una visión atrasada de las mujeres sino que tuvo efectos directos sobre la manera en que muchas mujeres se veían a sí mismas. "El daño más grave fue el que se infligió a la salud mental de las mujeres", escribió Koedt, "que bien sufrían en silencio culpándose, bien corrían en busca de un psiquiatra tratando desesperadamente de encontrar la represión oculta y terrible que las había mantenido alejadas de su destino vaginal".

Esta situación dejó a las mujeres sintiéndose "sexualmente carentes" e inadecuadas. "Buscar la cura para un problema que no la tiene puede conducir a una mujer a un camino interminable de inseguridad y odio hacia sí misma, ya que su analista le dice que ni siquiera tiene éxito en el único papel que le permite la sociedad masculina: el papel de mujer".²⁸ Para Koedt y otras feministas que rechazaban la experiencia sexual por estar contaminada de sexismo masculino, estaba en juego ni más ni menos que la salud mental de las mujeres. Aunque las mujeres individuales no se enfrentaron cara a cara con el recuento de su sexualidad "desordenada" por parte de un médico o psicoanalista, como grupo las mujeres encontraban los mensajes del psicoanálisis en escritos académicos, literarios y populares, en libros sobre el matrimonio y sobre cómo ser buenas madres, en las películas de Hollywood y en las revistas más populares.²⁹

Koedt basó su rechazo del psicoanálisis freudiano en la nueva visión del cuerpo femenino sexualmente sensible generada por los sexólogos en los años cincuenta y sesenta. Se basó en los estudios de Alfred C. Kinsey (1953) y William Masters y Virginia Johnson (1966) y en su descripción "científica" de la fisiología y conducta sexual feme-

²⁸ Koedt, pp. 281, 304.

²⁹ Buhle; Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, Basic Books, Nueva York, 1963; Nathan Hale, *The Rise and Crisis of Psychoanalysis in the United States*, Oxford University Press, Nueva York, 1995; Ellen Herman, *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*, University of California Press, Berkeley, 1993; Lunbeck; Janet Walker, *Coming Resistance: Women, Film, and Psychoanalytic Psychiatry*, University of Minnesota Press, 1993.

unas, para su visión de la liberación sexual de las mujeres.¹⁴ Para Koedt los sexólogos, a diferencia de Freud, comenzaban con los "hechos" sobre los cuerpos de las mujeres y no con ideas sobre la femineidad apropiada.

Koedt adoptó la sexología porque proporcionaba lo que ella veía como evidencia "neutral" que las feministas podían utilizar para desconstruir la femineidad freudiana. Aunque estos estudios sexológicos no atacaban el sexismo del psicoanálisis, cuestionaban no obstante la existencia del orgasmo vaginal y la interpretación de la frigidez como el rechazo inconsciente, por parte de la mujer, de su papel sexual. Además, y esto era importante para las feministas de la segunda ola, los sexólogos rechazaban la patologización psicoanalítica del clitoris como una forma desviada de sexualidad, y, en un trastocamiento histórico, lo reclamaban como la pieza central de la respuesta sexual femenina. Los sexólogos basaban su nueva interpretación de la sexualidad femenina en la analogía entre el clitoris y el pene. Tal analogía no fue privativa de los sexólogos del periodo de posguerra. Sin embargo, a diferencia de los especialistas en sexo de épocas anteriores, los sexólogos utilizaban la analogía para impulsar la importancia del clitoris, no para confirmar su patología. La sexología moderna proporcionó así a las feministas información mediante la cual podían construir una nueva visión de la sexualidad femenina centrada no en la vagina ni en la reproducción, sino en una práctica placentera.

Los sexólogos y los psicoanalistas se acercaban al estudio de la sexualidad de maneras muy diferentes. Ante todo, los sexólogos modernos veían la sexualidad como algo enraizado primordialmente en las sensaciones corporales y no en el desarrollo psicológico ni en el inconsciente. Como resultado de su énfasis en la respuesta corporal, Kinsey y Masters y Johnson consideraban el orgasmo como el único indicador del placer sexual. La importancia que los sexólogos prestaban al orgasmo, junto con la analogía positiva entre el clitoris y el pene, les permitía argumentar que la sexualidad masculina y la femenina tenían más similitudes que diferencias. Por ejemplo, tanto Kinsey

¹⁴ Alfred C. Kinsey et al., *Sexual Behavior in the Human Female*, W.B. Saunders Co., Filadelfia, 1953; William Masters y Virginia Johnson, *Human Sexual Response*, Little, Brown & Co., Boston, 1966.

como Masters y Johnson descartaron el diagnóstico de frigidez por la forma en que confirmaba la visión de las mujeres como menos sexuales que los hombres. En *Comportamiento sexual de la hembra humana* (*Sexual Behavior in the Human Female*) de 1953, Kinsey y sus colegas explicaban que la frigidez había llegado a connotar en el lenguaje popular "el rechazo a funcionar sexualmente o la incapacidad para hacerlo", pero ninguna de estas caracterizaciones, consideraban ellos, era exacta. Argumentaban, en contraposición, que mujeres y hombres compartían la capacidad fisiológica para responder a la estimulación sexual.²¹ Los investigadores utilizaron un modelo de la especie humana que consideraba que la respuesta sexual de la mujer se ubicaba en el cuerpo, de manera análoga a otros sistemas fisiológicos, como aquellos necesarios para la respiración o la digestión. Al localizar —aunque fuera hipotéticamente— a la mujer "naturalmente" orgásmica dentro de toda mujer así llamada frígida, Kinsey afirmaba que la sensibilidad sexual de las mujeres, como la de los hombres, dependía de una técnica sexual exacta y placentera. La obra de Masters y Johnson, *Respuesta sexual humana*, de 1966, siguió el camino trazado por Kinsey. Ellos también veían la frigidez como resultado de una técnica sexual pobre en la pareja y no como algo debido a la ambivalencia de las mujeres sobre su papel social.

Los sexólogos y los psicoanalistas también sostenían puntos de vista divergentes acerca de la relación heterosexual y la vagina. Los sexólogos no sentían una lealtad especial hacia el coito heterosexual como cumbre de la expresión sexual, ni veían la vagina como particularmente sensible. En una afirmación potencialmente radical que feministas como Koedt utilizaron en su visión de la liberación sexual femenina, Kinsey et al. sugirieron que el coito vaginal no era necesariamente la forma más placentera de práctica sexual para las mujeres. Con ilustraciones y diagramas, exploraron que la vagina era "insensible" a las caricias y no tenía la dotación de nervios necesaria para ser el centro de la respuesta sexual femenina. Incluso sugirieron que la vagina era "de mínima importancia en la contribución a las respuestas eróticas de la mujer. . . [y] puede que contribuya más a la excitación

²¹ Kinsey et al., pp. 373–374.

sexual del hombre que lo que contribuye a la excitación de la mujer".⁵¹ Esta afirmación, enterrada en la página 592 de *Comportamiento sexual de la hembra humana* —que consta de más de 800 páginas— cumplaba con el potencial para alterar sustancialmente no sólo la práctica heterosexual del sexo, sino también la asociación profundamente arraigada entre la sexualidad de una mujer y su identidad de género.

Masters y Johnson continuaron con el resapeo de las zonas erógenas de las mujeres. Como Kinsey *et al.*, también argumentaron que la contraparte exacta del pene no era la vagina sino el clitoris. Masters y Johnson fueron más allá que su predecesor en sus esfuerzos por refinar la comprensión científica del clitoris. A diferencia del enfoque sociológico de la conducta sexual de Kinsey y colegas, Masters y Johnson se centraron en la respuesta sexual, observando a mujeres y hombres mientras se masturbaban o tenían relaciones sexuales. Mediante la graficación de cambios en la presión arterial, pulso, tono muscular y color de la piel durante la excitación sexual, los investigadores concluyeron que la estimulación clitoridiana (como la estimulación del pene en los hombres) era sin duda la técnica sexual más placentera para las mujeres y la que ofrecía el nivel más consistente de orgasmos. Mediante sus hallazgos fisiológicos, Masters y Johnson pudieron definitivamente descartar la distinción psicoanalítica entre orgasmo clitoridiano y vaginal. Los investigadores demostraron que en vez de entidades separadas, el clitoris y la vagina están conectadas mediante una red de nervios y músculos que unidos dan lugar a la respuesta sexual femenina. Masters y Johnson fueron los primeros en observar la retracción del clitoris bajo su capuchón durante la penetración, un movimiento que en algunas mujeres estimulaba el clitoris lo suficiente como para producir un orgasmo. Esto, explicaron, creaba la idea equivocada de que existía un orgasmo vaginal distinto al clitoridiano.

Las personas dedicadas a la investigación sexual de esta época hacían hincapié en las similitudes entre la sexualidad femenina y la masculina. Gran parte de la concepción generada por *Comportamiento sexual de la hembra humana* provenía del hallazgo de que las mujeres se

⁵¹ *Ibid.*, p. 592.

comportaban sexualmente de modo muy parecido a como lo hacían los hombres: se masturbaban, se acariciaban, tenían sexo prematrimonial y relaciones extramatrimoniales. Tales conductas desafiaban abiertamente los relatos de expertos que por años habían subrayado el desinterés de las mujeres por cuestiones sexuales. La investigación de Masters y Johnson también se oponía a la visión prevaleciente de la sexualidad disminuida de las mujeres. Los investigadores descubrieron que mediante la estimulación apropiada del clítoris, particularmente durante la masturbación, las mujeres tenían la capacidad para experimentar orgasmos múltiples. Significativamente, esta capacidad femenina era algo que no compartían los hombres. En un pasaje notable por su divergencia de los escritos especializados sobre sexualidad femenina, los autores presentaban a la mujer como especialmente sensible. “La hembra humana”, escribieron en una cita ya famosa, “con frecuencia no está satisfecha con una experiencia orgásmica [...]. Si no existe distracción psicosocial que reprima su tensión sexual, muchas mujeres estables disfrutaban de un mínimo de tres a cuatro experiencias orgásmicas antes de sentirse aparentemente saciadas”.²⁷

Masters y Johnson elaboraron un recuento de la sexualidad femenina que sin quererlo cuestionó la visión arraigada de la heterosexualidad como innata y capaz de satisfacerse totalmente mediante el coito con un pene. Habían descubierto, como los y las freudianas antes que ellos, una sexualidad femenina que existía independientemente de la relación con un pene. De manera muy parecida a cómo funcionaba la niña predilecta dentro del discurso del psicoanálisis, la nueva información sexológica sobre el clítoris daba a las mujeres un potencial para existir tanto adentro como afuera del circuito de la heterosexualidad históricamente construida. Sin embargo, los sexólogos modernos no estaban interesados en hacer alegatos sobre la “naturalidad” de la heterosexualidad para las mujeres ni en cuestionar sus propias suposiciones sobre la organización social del género. Sus metas eran más modestas e inmediatas. Se plantearon restablecer un campo e, idealmente, abrir la sexualidad humana a la luz esclarecedora de la ciencia. Buscaban “modernizar” el matrimonio mejorando las

²⁷ *Ibid.*, pp. 266, 65.

experiencias de sexo marital de las mujeres. Correspondería a las feministas reimaginar una heterosexualidad no obligatoria ni atada al cónyuge dentro del matrimonio.

*La política de la libertad sexual:
las feministas teorizan sobre el orgasmo, 1968-1973*

Los sexólogos, especialmente Masters y Johnson, se encontraron situados en el epicentro de ideas cambiantes sobre la liberación sexual a mediados de los años sesenta. El mundo se había transformado en los años transcurridos entre 1954, el año en que Kinsey perdió el financiamiento de la Fundación Rockefeller, y 1966, cuando *Respuesta sexual humana* se volvió repentinamente un éxito.¹⁴ Ante todo, se había erosionado el consenso sobre la sexualidad adulta como un asunto marital. La contención de la sexualidad mediante matrimonios tempranos y tabúes contra el sexo premarital y extramarital, que había prevalecido desde los años cuarenta, ya no parecía tan inconvertible a medida que una generación de adolescentes y personas adultas jóvenes cuestionaban las categorías sexuales y costumbres de sus padres.¹⁵ La visión de Masters y Johnson de las mujeres como atletas sexuales capaces de experimentar orgasmos múltiples de repente entró en armonía con el espíritu de libertad sexual o, más exactamente, de experimentación sexual, y arrasó en todo el país.¹⁶

¹⁴ La primera edición (15 000 ejemplares) de *Human Sexual Response* se vendió el mismo día que se puso en venta y estuvo seis meses en la lista de éxitos de venta del *New York Times*. Se vendieron más de 500 000 ejemplares del libro en pasta dura y 500 000 en rústica. Libros de autoayuda popularizaron sus técnicas entre los lectores y contribuyeron a extender la influencia de Masters y Johnson sobre la comprensión estadounidense del sexo y la sexualidad. Véase David Rubin, M. D., *Everything You Always Wanted to Know About Sex, but Were Afraid to Ask*, Bantam, Nueva York, 1965; Helen Singer Kaplan, *The New Sex Therapy*, Brunner/Mazel, Nueva York, 1972; y Seymour Fisher, *The Female Orgasm, Psychology, Physiology, Fantasy*, Basic Books, Nueva York, 1972. Véase también Committee on Human Sexuality, *Human Sexuality*, American Medical Association, 1972 para un ejemplo de la aceptación de *Human Sexual Response* de parte la medicina estadounidense establecida.

¹⁵ May 1968.

¹⁶ John D'Emilio y Estelle Freedman, *Intimate Matters: A History of Sexuality in America*, Harper & Row, Nueva York, 1986, pp. 301-26.

Quienes propugnaban la liberación sexual rescataron el sexo de los confines (retóricos) del matrimonio monógamo y vertieron en él los valores simbólicos de la autenticidad, empoderamiento y libertad personal. Psicoanalistas radicales como Herbert Marcuse y Norman O. Brown imbuyeron de significado político a la sexualidad cuando señalaron los vínculos entre la represión sexual y la social.³⁷ Activistas universitarios adoptaron el análisis político del placer de Marcuse y su papel en el desmoronamiento de los efectos adormecedores del conformismo. Promovieron la expresividad sexual, despojada de los atavismos del romance y la moangamia, como un valor clave de la nueva sociedad.³⁸ Los promotores de la liberación sexual también abrevaron en el movimiento del potencial humano liderado por Abraham Maslow y Carl Rogers en los años cincuenta y principios de los sesenta.³⁹ La "nueva psicología" veía a los seres humanos como dedicados al crecimiento a lo largo de un "ciclo de vida". Un aspecto importante de la nueva psicología era su tolerancia ante los diversas rutas que podían tomarse en el camino hacia la búsqueda de sí mismo.⁴⁰

A diferencia de los freudianos, para quienes la sexualidad marcaba el conflicto inconsciente entre placer y realidad, los rebeldes de los sesenta imbuyeron la sexualidad con los valores de la autonomía, la completad y la conciencia de sí. El énfasis de la revolución sexual sobre la autenticidad condujo a una celebración del cuerpo como parte integral de la autoexpresión. El cuerpo liberado llegó a simbolizar al nuevo ciudadano y ciudadana de las revoluciones contraculturales de los sesenta: era un cuerpo liberado de los efectos del racismo, el clasismo, la tecnología y la represión sexual. La tendencia prevale-

³⁷ Herbert Marcuse, *Ensayo de civilización: A Philosophical Inquiry into Freud*, Beacon Press, Boston, 1955, 1966; Norman O. Brown, *Life Against Death: The Psychoanalytic Meaning of History*, Wesleyan University Press, Middletown, Conn., 1959.

³⁸ Umansky, pp. 16-52.

³⁹ Abraham Maslow, *Towards a Psychology of Being*, Van Nostrand, Nueva York, 1968; Carl Rogers, *On Becoming a Person: A Therapist's View of Psychotherapy*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1961. Para el lugar que ocupó el movimiento del potencial humano en la psicología estadounidense, ver Herman, pp. 269-80. Para el impacto de la nueva psicología en las ideas sobre la masculinidad, véase Barbara Ehrenreich, *The Hearts of Men: American Dreams and the Flight from Commitment*, Anchor, Nueva York, 1985, pp. 88-99.

⁴⁰ Ehrenreich, pp. 89-91.

ciente hacia la utopía: sostenía que la unión de cuerpos auténticos en libertad y placer proporcionaría el pegamento para la comunidad amada. En resumen, la liberación sexual se había vuelto política.

El "Mito del orgasmo vaginal" de Anne Knedt apareció cuando la preocupación por la libertad sexual como arma en la lucha contra la represión todavía no había sido cuestionada por sus implicaciones en cuanto al género. Las mujeres que estaban aprendiendo a llamarse feministas encontraron su grupo inmediato de pares en los estudiantes activistas hombres que vinculaban irreflexivamente las revoluciones sociales con la liberación sexual, sin siquiera pensar un segundo en el significado que ello podría tener para las mujeres. Como han señalado las historiadoras del feminismo, muchas mujeres políticas abandonaron la nueva izquierda al sentirse discriminadas y menospreciadas por su vivencia del sexismo y la cosificación sexual.⁴¹ La combinación de una retórica revolucionaria que hacía hincapié en la libertad sexual, por un lado, y la experiencia de las mujeres de ser pasadas por alto, tratadas paternalistamente y ser sexualmente explotadas, por otro, resultó terrible para muchas. Las feministas sostenían que las mujeres tenían derecho tanto a la independencia social como a la sexual. Los deseos de las mujeres —ya fueran de cercanía emocional o de más caricias antes del sexo, de sexo con hombres o con mujeres— debían dictar la práctica sexual. En este contexto, las feministas reconstruyeron el vínculo histórico entre orgasmo y femineidad. En el feminismo temprano, el orgasmo femenino llegó a simbolizar la autodeterminación sexual de las mujeres. Esta, a su vez, contenía la promesa de la igualdad completa con los hombres. Las feministas de fines de los años sesenta unieron la libertad sexual con la liberación de las mujeres, alegando que las dos tenían que ir de la mano para que las mujeres dejaran de ser ciudadanas de segunda clase.

Las feministas argumentaban que los expertos hombres nunca habían comprendido la sexualidad auténtica de las mujeres, no obstante ellas se basaron en y retrabajaron la tradición del pensamiento sexual estadounidense que tanto criticaban. En primer lugar, las feministas usaron la reciente investigación de Masters y Johnson sobre

⁴¹ Evans, Echols.

el clitoris para destruir el entoque freudiano opresivo sobre la dependencia sexual de las mujeres. Irónicamente, la investigación que Masters y Johnson y sus popularizadores utilizaron para apuntalar la heterosexualidad en 1966 fue utilizada por las feministas unos cuantos años después para cuestionar el carácter innato de la heterosexualidad. De acuerdo con las feministas, la sexualidad innata de las mujeres era extremadamente sensible y potencialmente autónoma del coito con un hombre. La visión sexológica del clitoris permitió a las feministas reclamar y politizar la ambigüedad sexual, introducida primero por Freud en los años veinte y más tarde patologizada por freudianos y freudianas en las décadas de los treinta y cuarenta. Las feministas usaron la salud, ahora inherente, del clitoris para insuflar nueva vida al recuento de Freud sobre la inestabilidad de la heterosexualidad femenina. En vez del problema que había significado para freudianos y freudianas, el difícil pasaje de las mujeres a la heterosexualidad fue reconstruido por las feministas como prueba de que no era natural. Al aceptar el potencial radical de la liminalidad, las feministas radicales desafiaron la autodeterminación sexual de las mujeres como una forma de trascender los problemas de las clasificaciones sexuales, como lesbianismo y heterosexualidad, y de solucionar el problema del consenso patriarcal sobre la sexualidad femenina.

La atención prestada por Koedt al orgasmo femenino se llevó a cabo en conjunto con otras feministas que estaban igualmente preocupadas por el estatus de la sexualidad femenina en una sociedad dominada por el hombre. *La erótica femenina* (1963) de Betty Friedan, *Política sexual* (1970) de Kate Millet y *La dialéctica del sexo* (1970) de Shulamith Firestone habían adaptado y transformado la teoría psicoanalítica en sus análisis sobre la intersección entre identidad y sexualidad.⁴² La contribución de Koedt a este discurso consistió en elaborar el significado simbólico de la vagina en las construcciones de la femineidad normal. Además, delineó el potencial del clitoris para socavar la historia secular contada por los expertos sobre cómo las mujeres dependían de manera esencial de los hombres y el pene para

⁴² Kate Millet, *Sexual Politics*, Simon & Schuster, Nueva York, 1970; Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, Bantam, Nueva York, 1970.

lograr satisfacción sexual y emocional. Koedt y otras feministas combatieron el interés de los expertos por la vagina con nuevos recuentos del clitoris como facilitador de la autodeterminación sexual de las mujeres. Así, parte del impacto del ensayo de Koedt provenía de sus conexiones con otros escritos feministas sobre el tema y de su ampliación de éste.

En "El mito del orgasmo vaginal", Koedt objetaba el daño hecho a las mujeres y rechazaba las explicaciones psicoanalíticas de la frigidez que se negaban a ver la disfunción sexual de las mujeres en su relación con las disfunciones mayores de la sociedad como el sexismo, la homofobia y la heterosexualidad obligatoria. El psicoanálisis, se quejaba, había patologizado a las mujeres en vez de abordar el problema de la indiferencia masculina ante los deseos de las mujeres. "En vez de buscar el origen de la frigidez femenina en suposiciones falsas sobre la anatomía femenina", escribió Koedt, "nuestros expertos han declarado que la frigidez es un problema psicológico [...] generalmente diagnosticado como el fracaso para ajustarse a su papel como mujeres". De acuerdo con Koedt, las mujeres deben volverse agentes sexuales totales, responsables de reclamar su propio placer. Koedt escribió: "Debemos descartar los conceptos 'normales' de sexo y crear nuevas pautas que tomen en cuenta el goce sexual mutuo[...]. Debemos comenzar a exigir que si ciertas posiciones sexuales que ahora se califican de 'estándar' no conducen a ambos al orgasmo, ya no sean calificadas como tales"⁴³.

En "La institución de la relación sexual", Ti-Grace Atkinson, ex protegida de Betty Friedan, también criticó el ideal psicoanalítico del orgasmo vaginal.⁴⁴ Si las mujeres no encontraban placentera la relación heterosexual, razonó, era porque, como institución del control patriarcal, la relación heterosexual no era adecuada para estimular o satisfacer completamente la sexualidad (clitoridiana) de las mujeres. Como Friedan y Millet, Koedt y Atkinson argumentaron que el psicoanálisis consideraba la "disfunción" sexual femenina un resultado

⁴³ Koedt, p. 36.

⁴⁴ Ti-Grace Atkinson, "The Institution of Sexual Intercourse", en *Notes from the Second Year*, p. 42. Este artículo también se encuentra en los ensayos reunidos de Atkinson, *Amazon Odyssey*, Links Books, Nueva York, 1976. Ver Echols, pp. 167-69.

de la incapacidad de las mujeres para ajustarse a sus papeles sociales. Un análisis feminista, proponía Atkinson, le daba la vuelta a esta visión e insistía en que los papeles sociales de las mujeres provocaban la "disfunción" sexual. Al liberar a las mujeres de los papeles sociales opresivos, ellas serían libres para explorar la verdadera naturaleza de sus deseos más allá del coito fílico patriarcal.

Koedt y Atkinson ampliaron el concepto de política sexual de Millet con sus análisis de la *praxis* de la relación sexual como promotora del poder social de los hombres sobre las mujeres. Los expertos hombres, de acuerdo con las feministas radicales, negaban la centralidad del clitoris en la sexualidad femenina porque se sentían amenazados por la posibilidad de que las mujeres existieran como sujetos separados y deseantes. Koedt escribió: "Me queda claro que los hombres, de hecho, temen al clitoris como una amenaza a su masculinidad [...] El reconocimiento del orgasmo clitoridiano como un hecho amenazaría la institución heterosexual. Indicaría que el placer sexual puede obtenerse tanto de hombres como de mujeres, haciendo, así, de la heterosexualidad no un absoluto sino una opción"⁴⁷. Koedt articuló de este modo los vínculos entre patriarcado, expertos varones y explicaciones sobre la heterosexualidad normal. Arguyó que el espectro de una sexualidad femenina independiente, signficada mediante el clitoris, amenazaba con alterar el significado mismo del sexo.

Para liberar a las mujeres de la visión freudiana según la cual estas son naturalmente maternales, las feministas subrayaron su capacidad para el orgasmo y el disfrute del sexo. La psiquiatra Mary Jane Sherley planteaba en 1970 que la "frigidez genital" se debía a la ausencia de "coitos frecuentes y prolongados" que las mujeres necesitaban para saciar su intensa pulsión biológica de orgasmos múltiples. Planteó que la civilización patriarcal moderna requería la represión de las "demandas sexuales excesivas de las mujeres"⁴⁸. Martha Shelley

⁴⁷ Koedt, p. 41.

⁴⁸ Mary Jane Sherley "A Theory on Female Sexuality", en *Intersexual is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*, ed. Robin Morgan, Vintage, Nueva York, 1970, p. 249. Sherley publicó una versión más larga de este artículo en el *Journal of American Psychoanalytical Association*, titulada "The Evolution and Nature of Female Sexuality in Relation to Psychoanalytic Theory". Más tarde lo publicó como libro, *The Nature and Evolution of Female Sexuality*, Vintage Press, 1972.

en sus "Notas de una lesbiana radical" de 1970 consideraba que un cuerpo femenino liberado era un recurso para el feminismo. Escribía desde el punto de vista de una lesbiana para quien el sexo con las mujeres fortalecería su autoestima y su sentido de capacidad personal.⁴² En su éxito de ventas de 1970, *El canon femenino*, Germaine Greer escribió como una heterosexual que veía el sexo positivamente. De origen australiano, Greer era una radical del sexo comprometida tanto con la libertad sexual como con la liberación de las mujeres. En contraste con otras feministas que acentuaban el clitoris, Greer imbuyó la vagina con el simbolismo del placer corporal y la capacidad sexual totales. A diferencia de Koedt, que citaba en su ensayo a Freud, Kinsey, Masters y Johnson y a quienes los popularizaron, Greer retomó a Helene Deutsch y su concepción de la "mujer vaginal". Greer alegaba que aunque Deutsch tenía razón al presentar la vagina como importante para las mujeres, los mensajes culturales con los que vinculó la vagina estaban equivocados. Según Greer, la "adorable compañera" descrita por Deutsch era una "engreída, demandante y servil abunda [...] una mujer nacida para ser abandonada por su ingrato marido".⁴⁴ El mensaje de Greer en *El canon femenino* era simple: las mujeres deben incorporar el poder del placer sexual al feminismo.

Sin embargo, como descubrieron muchas mujeres, celebrar el placer sexual como clave para la liberación de las mujeres no erradicaba necesariamente lo que muchas mujeres vivían como el sexismo de la revolución sexual.⁴⁵ Dana Denmore de Cell 16 de Boston alegaba que las mujeres estaban tan oprimidas por la liberación sexual como lo estaban por la represión sexual. Escribió en 1971 que en vez de estar intimidadas por los psiquiatras debido a su falta de sexualidad vaginal, ahora se veían oprimidas por un "frenesi orgásmico" "Nuestro 'derecho' a disfrutar de nuestros cuerpos no sólo nos ha sido enmendado",

⁴² Martha Shelley, "Notes of a Radical Lesbian" apareció originalmente en *Come Out!* (1969) y se reeditó en *Sensational & Powerful*, pp. 306-311.

⁴³ Germaine Greer, *The Female Eunuch*. Bantam, Nueva York, 1970, p. 97.

⁴⁵ Para críticas feministas de la revolución sexual, ver Dana Denmore, "Independence from the Sexual Revolution", en *No More Husbands Comes: A Journal of Female Liberation*, reeditado en *Radical Feminism*, pp. 107-118; Barbara Seaman, "The Liberated Organism", *Ms.*, núm. 1, agosto 1972, pp. 55-59; Anselma Dell'Ola, "The Sexual Revolution Wasn't Our War", *Ms.*, núm. 1, primavera 1972, pp. 104-109.

escribía Densmore, "es casi un deber [...]. En todos lados somos objetos sexuales, y nuestro propio goce sólo aumenta nuestro atractivo. Somos lascivas. Usamos minifaldas y camisetas transparentes. Somos sexys. Somos libres. Andamos por donde queremos y saltamos a la cama cuando se nos antoja [...] y la gente parece creer que la libertad sexual (aun cuando es sólo la libertad para ofrecerse activamente como un objeto desecoso) es la libertad".⁵⁰ Otra escritora explicó que a los ojos de sus pares hombres, las mujeres estaban "demasiado enfermas para apreciar los beneficios del amor libre" y necesitaban que alguien las iluminara. "De repente los hombres empezaron a preocuparse de mis complejos y a insistir en que aceptara sus ofrecimientos para una liberación instantánea. La explotación sexual estaba ahora disfrazada de participación en la nueva sociedad".⁵¹ Roxanne Dunbar, también de *Cel.* 16, se quejaba de que la liberación sexual había llegado a significar "la 'libertad' para 'hacerlo' con cualquiera, en cualquier momento". La liberación de las mujeres, argüía, no podía equipararse con la libertad sexual porque muchas mujeres experimentaban el sexo no sólo como un campo de placer sino como "agresión, violación, sumisión, [y] como la vivencia de alguien que tenía poder sobre ellas".⁵²

Algunas feministas recelosas del potencial revolucionario del placer sexual reintrodujeron la idea de que lo que las mujeres realmente querían del sexo no era el orgasmo sino la intimidad y el amor. Retrabajando una tradición del pensamiento sexual estadounidense que ponía más peso en el romance y menos en el orgasmo —presentada y celebrada por Deutsch en la década de los cuarenta— estas feministas teorizaron sobre la intimidad psicológica como una forma única y no apreciada de la sexualidad femenina. Al rechazar los conceptos tradicionales del placer sexual, las feministas radicales buscaron plantear todos los sentimientos como sexuales para las mujeres. Su visión de la himinalidad estructuraba el deseo de intimidad como auténticamente femenina y el deseo por algo tan tangible como el

⁵⁰ Densmore, p. 110.

⁵¹ "Brainwashing and Women", en *Radical Therapist*, núm. 1, agosto-septiembre de 1970, p. 5.

⁵² Roxanne Dunbar, "Sexual Liberation: More of the Same Thing", *No More Fun and Games*, núm. 3, noviembre 1969, pp. 49-56, cita en las pp. 49, 56.

orgasmo quedaba como una faceta opresiva de la sociedad dominada por los hombres.

Feministas como Dunbar y Densmore simbólicamente atribuyeron autonomía al clitoris y después usaron esto con el fin de reinventar la libertad sexual para las mujeres. Una vez más, el clitoris contribuyó a crear un lugar entre la heterosexualidad y la homosexualidad, un lugar ocupado por la "feminista" sexualmente autónoma. Por ejemplo, Densmore planteó que el placer físico no era el aspecto más importante del sexo para las mujeres. Citando la investigación de Masters y Johnson, escribió, "un orgasmo para una mujer no es un desahogo en el mismo sentido que lo es para un hombre, puesto que tenemos la capacidad para tener un sinnúmero de ellos, manteniéndonos excitadas todo el tiempo, y limitadas sólo por el cansancio. El desahogo que sentimos, por tanto, es psicológico [...]. Sin negar que el sexo pueda ser placentero, yo sugiero que lo que en realidad buscamos es cercanía, fusión, tal vez una especie de olvido del yo [...]".²³

El análisis feminista de la autodeterminación sexual de las mujeres, forjado mediante la reestructuración simbólica del clitoris, también revolucionó el significado del lesbianismo. Esta nueva versión del lesbianismo emergió cuando se separaron las amarras que unían sexualidad femenina y sexo fálico heterosexual. Una vez que las feministas reintrodujeron la idea de que la intimidad psicológica era el verdadero origen del placer sexual femenino, la línea que dividía a las mujeres lesbianas y heterosexuales se desdibujó. Si el coito heterosexual era un instrumento de control patriarcal y el orgasmo un mito masculino, entonces la cercanía emocional se volvió la base para toda sexualidad. Bajo esta luz, el lesbianismo se convirtió en una forma de resistencia a la opresión masculina: ya no era una "enfermedad". Las Lavender Menace, que más tarde se volvieron las Radicalesbians, ofrecieron en "La mujer identificada con la mujer" un desafío importante a la homofobia que circulaba en algunos círculos feministas.²⁴ Este ensayo teorizaba el lesbianismo como una elección emocional y poli-

²³ Densmore, pp. 114.

²⁴ Radicalesbians, "The Woman-Identified Woman", en *Notes from the Third Year Women's Liberation*, New York Radical Feminists, Nueva York, 1971, reeditado en *Radical Feminism*, p. 263. Ver Echols, pp. 214-15.

rica en vez de como una elección (desviada) de objeto sexual. Una mujer identificada con la mujer, explicaba el ensayo, no colocaba la heterosexual u homosexualidad en el centro de su identidad, sino que ponía sus relaciones emocionales con otras mujeres en primer lugar. "Sólo las mujeres pueden darse una a otra un nuevo sentido del yo. Tenemos que desarrollar esa identidad con respecto de nosotras, no en relación con los hombres."⁴⁴

Las feministas que sostenían que la intimidad, y no el orgasmo, era el centro de la sexualidad femenina retrabajaron otra vez el discurso experto en sexualidad. Radicalizaron lo que en la superficie se asemeja a un retorno a la mujer victoriana asexual. Sin embargo, a diferencia de los expertos sexuales, las feministas explicaron que la cercanía emocional era sexualidad para las mujeres, o era una parte tan legítima de la sexualidad como el orgasmo. A diferencia de otros grupos de feministas radicales, estas feministas minimizaron el clítoris como parte de un sistema sexual obsesivamente preocupado por el orgasmo y estrechamente centrado en los genitales. El análisis feminista de la cercanía emocional como sexual, entonces, fue un gesto tendiente a liberar a las mujeres de los confines de un discurso de expertos que, pensaban muchas feministas identificadas con la mujer, había malentendido deliberadamente la sexualidad femenina durante gran parte del siglo.

Dentro del feminismo de la segunda ola, la discusión sobre la naturaleza de la sexualidad de las mujeres y el significado del orgasmo femenino creó un cuerpo radical de textos que formó parte de la comprensión estadounidense de la sexualidad y que generó nuevos recuentos del cuerpo femenino. La productividad de este periodo del feminismo temprano, entre 1968 y 1973, descansaba en el rechazo de las feministas a emularse en lo que consideraban una división artificial entre lesbianismo y heterosexualidad. Al afirmar que la autodefinition sexual era fundamental para el empoderamiento sexual y social de las mujeres, las feministas de principios de los años sesenta escogieron transitar por un camino que iba más allá del de los expertos con sus descripciones de la patología del lesbianismo y la historia

⁴⁴ *Radicallesbians*, p. 224.

neurótica de la heterosexualidad femenina. Optaron, en cambio, por utilizar la ambigüedad para desestabilizar los vínculos entre género y sexualidad, específicamente aquellos establecidos entre las mujeres sanas y los orgasmos vaginales por freudianos y freudianas a principios de siglo, y los vínculos establecidos por los rebeldes de la contracultura de los sesenta entre las mujeres modernas y el sexo liberado. Decididamente en contra de ambos modelos, las feministas reformularon el clitoris y sus placeres como símbolos de la autodeterminación sexual de las mujeres.

La teoría sexual del feminismo radical se opuso a los discursos anteriores —a la vez que abrevaba en ellos— en los que la sexualidad femenina había sido definida de manera tal que justificaba la subordinación social de las mujeres. En los años de entreguerras, los y las freudianas habían destilado en sus teorías sobre sexualidad una visión de las mujeres como fundamentalmente dependientes de los hombres, emocionalmente pasivas e ingenuas y esencialmente maternales. Armadas con los estudios sobre sexo de Kinsey *et al.* y Masters y Johnson, las feministas se dispusieron a desenredar los lazos simbólicos entre la subordinación social y la sexual. Asumiendo también los cuestionamientos al freudismo y sus nuevas investiduras simbólicas en la idea de la liberación sexual realizadas por críticos de la contracultura, las feministas ofrecieron un modelo contradiscursivo de la sexualidad femenina construido con los nuevos valores de la autodeterminación, la autonomía y la igualdad.

Sin embargo, el acento en la libertad sexual y las posibilidades contrahegemónicas de una sexualidad femenina liberada no fue adoptado por todas las feministas radicales. Para las mujeres radicales de color, el énfasis en la sexualidad era problemático. Francis M. Beal, por ejemplo, argumentó en 1969 que los grupos de mujeres blancas deberían definir las formas estructurales de opresión racial y sexual que se traslapaban y dejar de conceptualizar la opresión sólo como el “placer vicario” que los hombres obtienen del “consumo de los cuerpos [de las mujeres] por razones de explotación”.²⁶ Otras mujeres negras radicales descartaron la posibilidad revolucionaria del femi-

²⁶ Francis M. Beal, “Double jeopardy: The Black and Female”, en *Sisterhood is Powerful*, p. 351.

nismo blanco precisamente debido a su dependencia de la ficción de la mujer "universal". Para mediados de los años setenta, las mujeres negras radicales, que se enfrentaban al sexismo y la homofobia de sus colegas negros en los movimientos por los derechos civiles y el poder negro, por un lado, y al racismo de las feministas blancas, por otro, se encontraron sumergidas en una paradoja innegable en la que "todos los hombres son negros, todas las mujeres son blancas".⁵⁷ Aunque las feministas negras sostenían que el placer sexual era un derecho y que era importante para el empoderamiento de las mujeres, su afirmación partía de sus experiencias de explotación sexual y de la negación violentamente racista de su privacidad e integridad corporal. Esta historia dio forma al feminismo negro cuando emergió en los años ochenta.⁵⁸

En los años entre 1967 y 1973, muchas feministas radicales buscaron involucrarse con mujeres diferentes a las mujeres blancas de clase media que constituían la mayoría de los grupos. Pero no tuvieron mucho éxito. Parte de su incapacidad para crear grupos más racialmente diversos se hallaba en la misma metodología que utilizaban para revolucionar la categoría de "mujer". Basar la nueva especialización feminista en experiencias vividas, en grupos de autoconciencia que funcionaban como filtros debido a su énfasis en la sexualidad, era en sí mismo excluyente, aunque esto no fuera intencional. No todas las mujeres se sentían cómodas discutiendo abiertamente sobre sexo, ni todas las mujeres se sentían con facilidad para hablar a la manera de las mujeres blancas universitarias que predominaban en los grupos. Las diferencias de clase, raza y orientación sexual dividieron a las mujeres dentro del movimiento a medida que las radicales de todo tipo buscaron grupos de mujeres que compartían visiones del mundo y agendas políticas similares. Esto creó desde el principio mismo del feminismo radical diferentes grupos con diferentes trayectorias, y todos ellos reclamaban para sí el manto del feminismo.

⁵⁷ Clara Hill, Patricia Bell Scott y Barbara Smith, eds., *All the Men are Black, All the Women are White, but Some of us are Brave: Black Women's Studies*, Feminist Press, 1982.

⁵⁸ Ver, por ejemplo, bell hooks, 'Feminism: A Movement to End Sex Oppression' y 'Ending Female Sexual Oppression', en su *Feminist Thought: From Margin to Center*, South End Press, Boston, 1984.

Los debates entre las feministas sobre el significado de la libertad sexual para las mujeres entre los años de 1968 y 1973 presagiaban las tensiones entre las feministas radicales y las "culturales" a fines de los años setenta, y las líneas de batalla entre las radicales del sexo y las feministas antipornografía a comienzos de los años ochenta. El surgimiento del feminismo cultural, representado por el movimiento antipornografía a mediados de los setenta, las nuevas teorías psicológicas sobre las diferencias esenciales de las mujeres y el feminismo lesbiano cambiaron la dirección de las teorías sexuales feministas. Las críticas históricas sobre la violencia sexual realizadas por las feministas culturales dejaron atrás el interés previo por el orgasmo.⁴³ Para fines de los años setenta, se volvió dominante la visión de la sexualidad femenina como definitivamente diferente a la sexualidad masculina: en vez de placer, las mujeres buscaban una conexión, en vez de orgasmo, las mujeres se centaban en la intimidad, en vez de fálico, el sexo se volvió tocarse, mirarse y besarse. Esta descripción de la sexualidad femenina auténtica no era compartida por todas las feministas a fines de los setenta y durante los ochenta. En reacción a lo que algunas descartaban como "sexo políticamente correcto", las radicales del sexo, feministas anticensura y aquellas que sostenían el legado de la celebración de la expresión sexual por parte del feminismo radical, se movilizaron a principios de los años ochenta para retomar la posibilidad radical de la libertad sexual para las mujeres. Las tensiones entre los grupos rivales de feministas explotaron en la conferencia "La académica y la feminista" (*The Scholar and the Feminist*) sobre sexualidad femenina que se llevó a cabo en Barnard College en 1982, y que llegó a ser conocida como "las guerras del sexo" (*The Sex Wars*).⁴⁴

⁴³ Susan Brownmiller, *Against Our Will, Women and Rape*, Simon & Schuster, Nueva York, 1975; Susan Griffin, *Rape: The Politics of Consciousness*, Harper & Row, Nueva York, 1979; Andrea Dworkin, "Pornography and Cruelty", en *Take Back the Night: Women on Pornography*, ed. Laura Lederer, William Morrow & Co., Nueva York, 1980, pp. 256-91.

⁴⁴ Carol S. Vance, "Pleasures and Dangers: Towards a Politics of Sexuality", en *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, pp. 1-28. Para historias de este período, ver Lisa Chuggan y Nan Hunter, *Sex Wars: Sexual Dissent and Political Culture*, Routledge, Nueva York, 1995 y Lillian Federman, *Old Girls and Tonight Lovers: A History of Lesbian Life in Twentieth Century America*, Penguin, Nueva York, 1991, pp. 249-274.

A pesar de las divisiones y el dolor que causaron, las etiquetas pro-sexo/anti-sexo heredadas de las guerras feministas del sexo no deberían ser utilizadas como paradigmas históricos para leer el feminismo radical. Hacerlo así es olvidar que existieron simultáneamente múltiples análisis de la sexualidad dentro del feminismo radical. La celebración de la libertad sexual y la crítica a la liberación sexual, el sexo como placer y como peligro, como liberación y como explotación, coexistieron entre 1968 y 1973. Gran parte de la vitalidad política de las feministas culturales y radicales, feministas antipornografía y anticensura, separatistas lesbianas y radicales del sexo que lucharon a fines de los sesenta y durante la década de los años setenta, provino de este momento de radicalismo sexual del feminismo temprano cuando las mujeres se atrevieron a reinventar la sexualidad femenina. Nuestras historias deben recordar que el radicalismo del feminismo de la segunda ola surgió, en un grado nada desdeñable, de un estado de desconocimiento de las fronteras del placer sexual femenino. Después de dismantelar lo que consideraban construcciones opresivas que reinaban en el ámbito de la sexualidad femenina, las feministas de los últimos años de la década de los sesenta adoptaron la posición radical de cuestionar todo, confiar en los deseos de las mujeres a dondequiera que se dirigieran, y de sabotear cualquier teoría que propusiera asegurar, finalmente, la verdadera naturaleza del placer sexual femenino.

Traducción: Cecilia Olivares Mansuy